

El uso del espacio urbano: la lucha contra la venta ambulante. El caso de las mujeres totonacas en el mercado Benito Juárez de Papantla de Olarte

KATALIN SCHILLER*

INTRODUCCIÓN

AL HABLAR DE LA ECONOMÍA de los pueblos indígenas campesinos de México, las descripciones antropológicas mencionan con frecuencia el comercio como fuente de ingreso de las familias paralela a la actividad agraria.¹ Hoy en día el territorio estudiado, el municipio de Papantla de Olarte del estado de Veracruz, se caracteriza por el cultivo y venta de mayoreo de diferentes productos de la tierra, como, por ejemplo, maíz, cítricos (naranja, mandarina, lima), plátano y chile piquín. El cultivo de la planta de la vainilla, casi legendaria, en los últimos tres años prácticamente desapareció y los productores de la orquídea recurrieron a otras actividades agrícolas.

Sin embargo, al lado del cultivo y venta de mayoreo de los productos mencionados, varios campesinos cultivan tierras pequeñas que no son suficientes para su subsistencia. Así, la agricultura para estos productores no es la única actividad que realizan, sino se convierte solamente en uno de los trabajos que hacen para obtener ingresos. A pesar de que la milpa que cultivan no es muy grande, después de la cosecha a muchos campesinos les queda una cantidad de productos que son utilizados para el autoconsumo. Por eso y porque necesitan dinero en efectivo para sus gastos,

* Dirigir correspondencia al Instituto de Lenguas Extranjeras, (Idegennyelvi Intézet), Universidad de Economía de Budapesti (Budapesti Gazdasági Egyetem), Budapest, Alkotmány utca 9-11, 1054, Hungría, tel. +36 1 374 6201, e-mail: schiller.katalin@uni-bge.hu.

¹ Sobre la venta de productos en la cultura totonaca véanse, por ejemplo, ALCÁNTARA BERUMEN, GARMA NAVARRO, MASFERRER KAN, 1995, pp. 329-333; KELLY y PALERM 1952, pp. 82 y 89; MELGAREJO VIVANCO, 1985, p. 47; RUIZ LOMBARDO, 1991, pp. 159-162; VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, 1995; VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, 1996, pp. 157-181.

ponen en venta estos productos que mediante venta ambulante, realizada por una mujer de la familia o mediante revendedores o revendedoras, llegan al mercado.

El objetivo del presente trabajo es analizar la dinámica económica y social de la venta ambulante llevada a cabo por mujeres totonacas en el contexto urbano de la ciudad de Papantla de Olarte, en especial en el ámbito del mercado Benito Juárez situado en el centro de la ciudad. Presentaré y comentaré los datos obtenidos a lo largo de varias estancias de investigación en la ciudad,² durante las cuales —gracias a la observación participante y a las entrevistas realizadas tanto a las vendedoras como a las autoridades de la ciudad, además de a compradores y habitantes de la ciudad—, pude registrar los diferentes puntos de vista relacionados con la venta ambulante y con la “historia de la vida” de dicho mercado.

Entre las razones que me llevaron a interesarme por el tema figura la escasez de estudios tanto históricos como etnográficos, dedicados a la venta ambulante indígena en los espacios urbanos de México, especialmente al ambulante de Papantla de Olarte. Sin embargo, entre los estudios antropológicos podemos encontrar algunos artículos sobre la dinámica económica y social de los mercados actuales de la república.

Entre ellos podemos destacar la descripción y análisis sobre los mercados de la Mixteca oaxaqueña de Laura N. K. van Broekhoven;³ el volumen ilustrado de artículos sobre mercados de México desde el punto de vista histórico, literario y etnográfico, coordinado por Martha Chapa,⁴ y el libro también ilustrado con varias fotos sobre los mercados de la Ciudad de México, editado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México.⁵

Al mismo tiempo se publicaron varias obras sobre los mercados desde una perspectiva histórica, como por ejemplo, la descripción y análisis

² Realicé trabajo de campo en 2005, 2008 y 2016 con *tineras* del mercado Benito Juárez de Papantla y en una comunidad de la Llanura Costera del municipio de Papantla, temática esta última que aquí no voy a abordar. Las primeras dos investigaciones fueron apoyadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de México, en el marco del Programa Bilateral y de la Beca “Genaro Estrada” para mexicanistas, respectivamente. Las investigaciones se realizaron con el asesoramiento de la Universidad Veracruzana de Xalapa y del Dr. José Velasco Toro.

³ BROEKHOVEN, 2004.

⁴ CHAPA, 2007.

⁵ *DF Festivo*, 2015.

de Jorge Olvera Ramos sobre los mercados del Zócalo de la Ciudad de México,⁶ y el libro de Juan Carlos Grosso y Jorge Silva Riquer sobre los diferentes mercados en el país.⁷ Para ceñirnos a la antropología, podemos mencionar los trabajos de Bronislaw Malinowski, en colaboración con Julio de La Fuente, sobre los mercados de Oaxaca⁸ y el volumen de artículos recopilados por Scott Cook y Martin Diskin⁹ sobre los mercados del mismo estado.¹⁰

Otra razón que me impulsó a profundizar en el tema fue que, según el resultado de las entrevistas realizadas, me di cuenta que en la sociedad papanteca no era raro que la venta ambulante fuera considerada como un fenómeno “malo”, como un problema a resolver tanto desde el punto de vista de las autoridades como de los habitantes de la ciudad.

Por estas razones debo señalar que el presente trabajo es fruto de una serie de investigaciones basadas en la observación participante y en entrevistas realizadas con personas que tienen o han tenido contacto con el mercado en cuestión.¹¹ Aparte de las vendedoras del callejón de la Reforma, conversé con antiguos presidentes municipales, empleados del ayuntamiento, intelectuales que tenían recuerdos sobre el mercado, locatarios actuales del mercado, *tinneras* y compradores, así como con miembros de una antigua organización ciudadana que estuvo en contra de la construcción del mercado.

Para acercarme al fenómeno, junto a los métodos de la antropología social ya mencionados me inspiré en la observación hecha por la antropóloga Laura N. K. van Broekhoven¹² en su investigación ya mencionada,

⁶ OLVERA RAMOS, 2007.

⁷ GROSSO y SILVA RIQUER, 1994.

⁸ DRUCKER-BROWN, 1982.

⁹ COOK y DISKIN (eds.), 1975.

¹⁰ Existen diferentes trabajos sobre el tema de los mercados pero por razones de espacio no es posible mencionar todos los estudios, libros y artículos que hay, además de que no es el objetivo de este artículo. Aquí sólo menciono aquéllos que de alguna manera aportaron información a mi investigación y estudio.

¹¹ Quiero agradecer la colaboración de todas aquellas personas que me ayudaron y dedicaron parte de su tiempo para contestar a mis preguntas durante las entrevistas que realicé. Además, debo agradecer a las *tinneras* del callejón de la Reforma el cariño, la amabilidad y el entusiasmo con que me recibieron en las tres ocasiones que estuve en Papantla, ofreciéndome su ayuda y apoyo para poder realizar mis investigaciones. Al mismo tiempo, quiero agradecer el apoyo y asesoramiento del sociólogo Víctor Poo Echaniz, sin quien no hubiera podido avanzar en mi trabajo. Él, además de su ayuda en las entrevistas, compartió conmigo mucha información, contribución también muy valiosa y útil para el estudio aquí presentado.

¹² BROEKHOVEN, 2004, p. 72.

llevada a cabo en los mercados de la Mixteca en el estado de Oaxaca: los mercados son fenómenos compactos y son reflejos de la sociedad actual. Gracias a ella pude vislumbrar la complejidad del fenómeno de la venta ambulante en el contexto urbano papanteco y, específicamente, en el mercado Benito Juárez, tomando en cuenta una serie de factores heterogéneos como las acciones del Ayuntamiento contra este tipo de venta y las estrategias de los vendedores para poder comercializar sus productos y ganar lo necesario para su subsistencia. Estos factores, como se verá más adelante, han ido cambiando al variar los actores sociales involucrados en el proceso, es decir, frente a las distintas reacciones de las autoridades que consideran a la venta ambulante un *problema* que hay que resolver. Según los entrevistados, las autoridades piensan que los vendedores ambulantes causan desorden en el centro de la ciudad y molestan a los transeúntes que utilizan la infraestructura urbana.

En este artículo presentaré la dinámica de dicho proceso desde el punto de vista de la ciudad, es decir, hablaré de la dinámica de las acciones del Ayuntamiento contra este tipo de venta y las reacciones y las estrategias elegidas por los vendedores para poder seguir vendiendo los productos y ganar lo necesario para su subsistencia.

EL PUNTO DE PARTIDA DE LA INVESTIGACIÓN

La historia del mercado Benito Juárez de Papanltla de Olarte no está documentada hasta la fecha y es muy escasa la información sobre él.

En cambio, el periodista papanteco Ariosto Uriel Hernández dedicó todo un volumen de su revista *Voz del tiempo*¹³ a la historia y la vida actual del otro mercado de la ciudad, el llamado Miguel Hidalgo, situado al otro lado del parque central. A pesar de que el volumen mencionado trata de otro mercado, podemos encontrar en él algunas referencias al mercado de Benito Juárez.¹⁴

Además de esta revista, se puede encontrar cierta información sobre el mercado en cuestión en los libros del cronista de Papanltla, Luis Salas

¹³ HERNÁNDEZ, 2015.

¹⁴ HERNÁNDEZ, 2015, pp. 3-6.

García, *Juu Papantlan*¹⁵ y *Cachiquin*.¹⁶ Asimismo se pueden ver fotografías antiguas del terreno donde ahora se encuentra el mercado y de su primer edificio, en los libros *Papantla. Memoria fotográfica del siglo XX. (Primera Parte)* y (*Segunda Parte*), editados por Armando Javier Carreira Dueñas y Ariosto Uriel Hernández.¹⁷

Cabe destacar también las monografías ya mencionadas de Isabel Kelly y Angel Palerm¹⁸ y de José Luis Melgarejo Vivanco¹⁹ sobre los totonacas, donde los autores hacen mención, entre muchos temas, del comercio campesino. Existen además varios estudios sobre economía y comercio totonacas en los libros de Ramón Ramírez Melgarejo²⁰ y Emilia Velázquez Hernández,²¹ aunque estos autores tratan el tema desde una óptica macroeconómica.

Existen varios trabajos sobre el cultivo y venta de la vainilla, uno de los productos más significativos del municipio y de la ciudad de Papantla, como, por ejemplo, el trabajo de Emilio Kourí²² y la tesis doctoral de Joy Leigh Pendley.²³ También es muy interesante el estudio de Ramfis Ayús Reyes²⁴ sobre el habla en las interacciones de un mercado de Villahermosa, Tabasco aunque su perspectiva es más bien lingüística.

Se puede continuar la lista de trabajos de mercados o del comercio de los totonacas, pero estas páginas no serían suficientes para alcanzar este fin y tampoco es, como ya se dijo, el objetivo de este trabajo. Lo que he querido destacar en las páginas anteriores es que aunque la literatura científica es rica en estudios sobre mercados, el tema de venta ambulante desde el punto de vista de la ciudad apenas empieza a ser estudiado y las obras citadas tampoco pudieron aportarme mucha información a mis investigaciones. Por tanto, los apartados siguientes son esencialmente fruto de las entrevistas arriba mencionadas.

¹⁵ SALAS GARCÍA, 1979, pp. 129-159.

¹⁶ SALAS GARCÍA, 1986, pp. 42, 59 y 62.

¹⁷ CARREIRA DUEÑAS y HERNÁNDEZ, 2015.

¹⁸ KELLY y PALERM, 1952, pp. 85 y 89.

¹⁹ MELGAREJO VIVANCO, 1985, pp. 47-48.

²⁰ RAMÍREZ MELGAREJO, 2002.

²¹ VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, 1995.

²² KOURÍ, 2004.

²³ PENDLEY, 2007.

²⁴ AYÚS REYES, 2005.

EL MERCADO BENITO JUÁREZ

El edificio del mercado Benito Juárez se encuentra en el centro de la ciudad de Papantla de Olarte, entre la calle 16 de septiembre y el callejón de la Reforma, al lado de la Escuela Primaria Donato Márquez Azuara (calle Leandro Valle) y enfrente de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción (calle Reforma).

La superficie del mercado es de 90 por 28 metros, y se extiende en tres plantas: la planta subterránea que es un estacionamiento público, la primera planta que alberga los locales del mercado, y la planta de arriba, donde se sitúan varias fondas y, junto a ellas, otros locales.

Antes de entrar en el mercado desde la parroquia, vemos el busto de Benito Juárez en la pequeña plazoleta a la izquierda y nos llama la atención el pintoresco mural de la fachada del edificio diseñado por Teodoro Cano en 2013.

Entrando en el edificio, nos sorprenden los locales con amplio y variado surtido de todo tipo de productos.

Primero vemos una tienda de abarrotes, más el local de joyas, santos y otros objetos.

Entrando en los pasillos nos topamos con una variedad enorme de bolsas, hierbas, productos de ferretería o revistas.

Más adentro, nos reciben las verdulerías y las fruterías con sus colores y olores vivos y pasamos al lado de la imagen de la Virgen de Guadalupe puesta en el centro del espacio; al otro lado, llegamos a las carnicerías y otras verdulerías y fruterías, y a uno de los locales donde podemos comprar jaibas y camarones.

Al subir a la planta de arriba —donde la temperatura es altísima y el aire siempre está cargado— podemos degustar la especialidad del lugar: el zacahuil. Si se nos antoja algo distinto, podemos elegir entre otros muchos platos. Además hay aquí varias tiendas más de bolsos y de objetos necesarios para el hogar.

Aunque el edificio del mercado es un espacio limitado por muros, el mercado como escenario de transacciones comerciales, en realidad, no termina entre estas paredes. La compra-venta continúa en las calles que rodean al mercado. En el callejón de la Reforma hay puestos de vendedo-

res y allí trabajan también las *tineras*²⁵ y, al lado de ellas, los *tineros* (porque hay cada vez más hombres que participan en este tipo de comercio). Enfrente, al otro lado del callejón de aproximadamente dos a tres metros de ancho, están las tiendas y almacenes cuya presencia continúa a todo lo largo de éste. Las *tineras* llaman el callejón *pasillo*, porque en realidad, es menos que una calle, parece un estrecho corredor.

El surtido del callejón es muy variado: mientras las *tineras* y los *tineros* venden mayormente frutas y verduras producidas en las comunidades totonacas cercanas, en los puestos, situados también en el callejón, se pueden comprar objetos para el hogar. Al final del callejón, en varios puestos venden también camarones y verduras.

Las tiendas venden otro tipo de productos; los almacenes tienen una amplia oferta de ropas y vestidos. Pero en el mismo callejón podemos encontrar también una tortillería, algunas tiendas de abarrotes y hasta una farmacia.

Si uno va al mercado Benito Juárez, podrá comprar cualquier tipo de productos que necesite. Sin embargo, si hace falta comprar algo más, y uno todavía no lo ha encontrado, podrá continuar su paseo por otras calles más. Detrás de la Escuela Primaria Donato Márquez Azuara, en la calle Reforma, sigue la fila de las *tineras* y los *tineros* que también vienen de las comunidades totonacas cercanas y venden también frutas y verduras. Además, es aquí donde uno puede consumir hasta el almuerzo y la comida. Porque se vende comida casera preparada por las propias vendedoras, así uno puede almorzar casi como en su casa.

Además, en la esquina hay una pollería para comprar comida, y en la calle Leandro Valle, a la derecha, sigue la fila de las tiendas: hay otra tortillería, una floristería, un supermercado y varias tiendas más. En esta calle se reúnen también las vendedoras ambulantes, procedentes de las mismas comunidades cercanas, con diferentes tipos de alimentos de su propia comunidad.

Durante mis primeras investigaciones en esa calle no había venta ambulante, mientras en otras calles uno podía encontrarse con señoras que llegaban más bien de las comunidades de la Sierra de Papantla para

²⁵ Se llaman *tineras* a las totonacas que con sus tinas ejercen la venta ambulante.

vender lo que les sobraba después de la cosecha. Hoy en día, durante mi tercera estancia, estas señoras o no frecuentan las calles de la ciudad o se encuentran entre las demás en la mencionada calle Leandro Valle.

Cabe mencionar aquí que este tipo de venta ambulante no es como uno se la imagina. Estas señoras no ambulan por las calles ofreciendo sus mercancías a los transeúntes, sino que llegan al mismo lugar, se quedan allí todo el día, y se van a casa después de terminar la *jornada* o vender todo lo que han llevado a la ciudad. Estas mujeres llegan de tres a cinco veces a la semana.

Volviendo al tema del mercado, quiero destacar que el espacio que abarca, según mi opinión, tampoco termina aquí: las calles mencionadas desembocan en la calle Arte, que igualmente está repleta de tiendas donde uno puede seguir realizando sus compras tanto al mayoreo como al menudeo.

Aunque estemos físicamente bastante lejos del edificio del mercado, para dibujar sus fronteras verdaderas no se nos puede olvidar mencionar la calle 16 de Septiembre —al otro lado del edificio—, cuyas tiendas y surtido amplian también la oferta. En cuanto a los negocios aquí situados, debemos añadir que en estos lugares ya existían tiendas mucho antes de la construcción del mercado.

Recorriendo así todas las calles y todas las tiendas de los alrededores del mercado podemos resumir lo siguiente: aunque el mercado es un edificio, un espacio fijo, cerrado, no funciona como el único escenario de la compra-venta y de las interacciones sociales, sino que el comercio se realiza en un espacio mucho más amplio. El lugar llamado *mercado* es un lugar mucho más extenso, que continúa más allá de las fronteras del edificio, y a causa de ello, en los procesos comerciales que se llevan a cabo en el espacio que abarca, participan más personas de lo que uno pensaría y más de las que trabajan dentro del edificio.

LA HISTORIA DEL MERCADO BENITO JUÁREZ DE PAPANTLA: EL PRIMER EDIFICIO

Sobre los antecedentes del mercado todos los entrevistados dicen: “antes, en el espacio que ocupa el mercado, había un parque” enfrente de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. El *palo del volador* también estaba allí, al

fondo del parque, enfrente de la iglesia. Ese espacio lo limitaba la Escuela Primaria Melchor Ocampo (hoy Donato Márquez Azuara).

La información sobre los mercados se remonta a épocas históricas. Según el arquitecto Andrés Curti, habitante de la ciudad, el primer mercado de Papantla data del año 1780, pero otros dicen que *siempre* hubo comerciantes que venían a Papantla para vender productos. El producto más vendido era la vainilla cuya comercialización se inició en el siglo XIX, como nos cuentan varios entrevistados y está registrado en varios libros²⁶ escritos sobre el tema. Aunque tenemos referencias sobre los mercados anteriores, las entrevistas mencionan exclusivamente los mercados del siglo XX. Por ello, en estas páginas sólo me ocuparé de la historia del mercado en el siglo XX.

Desde los años treinta del siglo XX comenzaron a aparecer los vendedores ambulantes en el parque Benito Juárez y “poco a poco se apoderaron de él”, y al cabo de algunos años en el espacio que abarca el parque se formó un tianguis. Con el paso del tiempo y con la llegada de los nuevos ambulantes, el número de vendedores y el tamaño del recinto fue creciendo, sobrepasando sus límites anteriores.

La transformación del parque tenía sus antecedentes: el tianguis semanal de Papantla se celebraba cada domingo en la misma locación. Era allí adonde llegaban los habitantes de las comunidades totonacas para vender los productos agrícolas que les sobraban después de la cosecha. Los entrevistados y también Kelly y Palerm²⁷ afirman que la venta ambulante la realizaban mujeres con ropas blancas lindas y bordadas con figuras muy bonitas, y que llegaban caminando desde sus comunidades hasta el tianguis y las casas de la ciudad para ofrecer su mercancía. La mercancía la traían en cestas grandes de madera que con el tiempo se convirtieron en tinas. Llegaban a la ciudad y se quedaban hasta vender todo lo que tenían. Así, a veces pasaban días enteros en Papantla. Dormían en casas donde las conocían y las dejaban entrar o en la calle o en el mismo tianguis.

Al tianguis semanal, junto con las mujeres totonacas, llegaban también hombres con productos, caminando o con ayuda de mulas, desde sus comu-

²⁶ Véanse KOURÍ, 2004; PENDLEY, 2007.

²⁷ KELLY y PALERM, 1952, p. 78.

nidades. El tianguis, que empezó a formarse en el parque y que llegaría a ser permanente, era, según los recuerdos de los entrevistados, *asqueroso*, con mucha basura y con los problemas causados por la falta de control. Según las palabras del ingeniero Isidoro Murié Patiño, presidente municipal entre 1977-1978, los vendedores estaban allí “amontonados y todo el parque se puso feo”, porque éstos durante su estancia “prácticamente vivían allí”.

Una de las tineras, que durante su infancia, en los años sesenta y setenta del siglo XX, vivía en Papantla, recuerda también que los puestos tenían unos palos y papel cartón o nylon para protegerse del sol y de la lluvia. La mercancía la ponían en el suelo para venderla. Colocaban un nylon en el suelo y la mercancía encima para darle una mejor presentación. Uno de los locatarios del mercado añade que hacia el final del tianguis (años setenta) ya usaban también láminas como techo.

El historiador Ariosto Uriel Hernández cita los recuerdos de Pablo Juárez García, locatario del mercado Miguel Hidalgo, quien explica que los puestos eran “casetas individuales de tabla y de lámina de cartón”.²⁸

Ante la existencia de un tianguis en el parque, Donato Márquez Azuara, presidente municipal entre 1948 y 1949, dispuso la construcción de un mercado en el lugar donde se encontraba el parque Juárez,²⁹ escribe Luis Salas García, “desapareciendo así —agrega— aquel hermoso parque lleno de ensueños que llevaba el nombre Benito Juárez”.³⁰ Sin embargo, el mercado no se construyó en aquel entonces.

Murié Patiño recuerda que el tianguis mismo había provocado la desaparición del parque y que los presidentes municipales subsiguientes se vieron obligados a crear un parque nuevo. Fue durante la presidencia del Dr. Israel C. Tellez (1945-1946) que se construyó el parque municipal delante del edificio del Ayuntamiento,³¹ aunque con un diseño diferente, que hoy se puede admirar en el centro de Papantla.

Paralelamente al desarrollo del tianguis y la construcción del parque, dice el cronista Salas García, en 1961 el presidente municipal Alberto Bache Herrera inició la construcción del mercado que hoy se llama Miguel

²⁸ HERNÁNDEZ, 2015, p. 2.

²⁹ SALAS GARCÍA, 1979, p. 206.

³⁰ Salas García cit. por HERNÁNDEZ, 2015, p. 12.

³¹ SALAS GARCÍA, 1979, p. 205.

Hidalgo y que se sitúa al lado del Ayuntamiento. La obra la terminó él mismo en el año 1964.³² Ese mercado recibió el nombre Miguel Hidalgo —a pesar de que antes de esa construcción había otra pequeña dedicada al comercio que llevaba este nombre— y recibió a una parte de los vendedores ambulantes del Parque Juárez.³³

El mercado Hidalgo se construyó con préstamos bancarios, recuerda Murié Patiño. El préstamo lo consiguió el Dr. Agustín Lammoglia Miseri y lo tenían que devolver los presidentes subsiguientes; de hecho, fue el presidente Murié Patiño quien terminaría de pagar el préstamo mucho más tarde.

Después de la apertura del primer mercado dedicado a resolver los problemas de los vendedores ambulantes, éstos no se acabaron, al contrario, continuaron. Los locatarios pudieron ocupar el primer mercado, pero a pesar de ello los ambulantes no cesaron de llegar a Papantla y en esa época llegaron no solamente de las comunidades cercanas, sino de otras partes de la república, según cuenta uno de los locatarios que es originario de Puebla.

Así, ni el problema de los vendedores ambulantes, ni el del tianguis se habían resuelto. Por eso las autoridades de la ciudad presididas por Isidoro Murié Patiño decidieron construir un nuevo mercado. Entre los planes del ingeniero Murié Patiño había el de construir cuatro mercados en cuatro *rincones* de la ciudad para abastecer las colonias, según recuerdan varios testigos. Sin embargo, por cuestiones políticas y económicas sólo se realizó uno de los cuatro, el que se edificó en el terreno del tianguis.

Preparativos de la construcción del mercado

Como la población de la ciudad iba creciendo, se necesitaban viviendas para albergar un número elevado de personas. Por eso construyeron las casas del fraccionamiento Donato Márquez y se vendieron las viviendas allí. El beneficio de la venta generó una suma de dinero que sirvió de base financiera para la construcción del nuevo mercado.

³² Salas Garía cit. por HERNÁNDEZ, 2015, p. 10.

³³ Salas García cit. por HERNÁNDEZ, 2015, p. 13.

Los vecinos de la ciudad, sin embargo, no estaban a favor de la construcción, por lo cual el presidente municipal tuvo que hacer muchos esfuerzos para poder realizar su plan.

Además, al lado de todas las cuestiones políticas, sociales y financieras, las autoridades municipales también tenían que ponerse de acuerdo con los representantes de la Iglesia católica en un asunto. Como se ha mencionado arriba, el palo del volador también estaba en el parque y para poder construir un edificio en el terreno tenían que mover el palo más cerca de la parroquia. Por eso el ingeniero Murié Patiño acudió personalmente a la parroquia para hablar con el sacerdote y solicitarle su permiso, sin embargo, éste lo envió a hablar con el obispo. Murié Patiño no tardó mucho en consultar al obispo y pedirle el permiso. Este detalle tiene mucha importancia, ya que él tenía que viajar a gran distancia para llegar a la sala del obispo porque en aquel entonces (y hasta hoy en día) el obispo de Papantla no reside en la ciudad, sino en el estado de Puebla.³⁴

El obispo recibió al ingeniero Murié Patiño y aceptó desplazar el palo del volador diciendo: “hagan lo que quieran”. Sin embargo, el obispo también pidió algo a cambio: el presidente municipal Murié Patiño le prometió hacer una barda de cemento a la parroquia de Papantla que en aquel entonces carecía de ella.

Esta obra también se realizó durante la presidencia de Isidoro Murié Patiño y asimismo se realizó el mural de los mitos totonacas sobre ella, diseñado por el maestro Teodoro Cano.³⁵ El mural puede verse hasta hoy en día desde el parque.

El palo del volador, entonces, fue trasladado según los planes y se puso en el lugar donde se sitúa hasta hoy: delante de la parroquia, en su terraza, en el rincón más cercano del parque. En nuestros días se hacen presentaciones del volador (y de otras danzas de la región) cada domingo, así, desde el parque central de la ciudad se puede apreciar esta danza misteriosa de los totonacas con la parroquia al fondo, lo que le da un sentido escenográfico y un simbolismo más amplios.

³⁴ El obispo de Papantla huyó a Puebla durante las guerras cristeras alrededor del año 1935, y hasta hoy en día no ha regresado a su ciudad pero sigue cumpliendo su servicio desde allí.

³⁵ Se puede leer sobre el significado de las figuras aparecidas en el mural en diferentes libros. Las descripciones más profundas se puede encontrar en la obra del cronista Salas García. Véase SALAS GARCÍA, 1986, pp. 101-112.

Después de todo esto, el presidente municipal logró realizar la construcción del mercado que se inauguró en 1979, el mismo día en que en otra parte de la ciudad se abrió el nuevo reclusorio.³⁶ Para la apertura del reclusorio local llegó el gobernador del estado, Rafael Hernández Ochoa, quien al mismo tiempo pudo inaugurar el mercado.

El edificio del mercado era de una planta con paredes de lozas y de paneles de hormigón, dicen varios entrevistados. Uno del los locatarios lo recuerda así: “el techo era de láminas, las entradas eran arcos y la superficie del edificio era mucho más pequeña que ahora. También los locales eran más pequeños, y cada quien recibió un local de mismo tamaño”.

Todos los entrevistados coinciden en que los locatarios recibieron los locales gratis, “sin pagar ni un centavo”, mientras, según los recuerdos de todos, después de un cierto tiempo algunos los traspasaron por “mucho dinero”. Según las leyes —dicen varios de los entrevistados— el local no es propiedad de uno, sino que uno tiene el derecho a usarlo y heredarlo. Así es que estos traspasos se realizaron violando la ley.

Al inicio dejaron entrar a todos los ambulantes que cabían en los 78 locales interiores. De manera que ellos mismos se convirtieron en locatarios, resolviéndose así la problemática del ambulante en el centro de la ciudad. Sin embargo, en realidad el problema sólo logró resolverse parcialmente: había varias personas que se quedaron fuera del edificio, en el callejón de la Reforma, el cual, poco más tarde, se saturaría con la llegada de nuevas olas de vendedoras a la calle Reforma. Esas mujeres fueron consideradas, por un lado, vendedoras ambulantes, pero ya no recibieron local en el mercado porque no había más; por otro lado, como ellas no ambulaban en la ciudad, recibieron un lugar fijo en el callejón, y así comenzaron a pertenecer al grupo de vendedores no ambulantes. Al mismo tiempo surgió un fenómeno contradictorio con ellas: a pesar de que cada día llegaban al mercado y pasaban todo el día allí vendiendo verduras y frutas en el lugar indicado por el Ayuntamiento, sólo por el hecho de que ellas no tenían locales dentro del mercado seguían siendo consideradas vendedoras ambulantes. Esta situación no ha cambiado significativamente hasta nuestros días.

³⁶ Este reclusorio era más amplio que el original que había estado ubicado dentro del edificio del palacio municipal, según el ingeniero.

Este tipo de comercio ayudó a resolver el problema de los vendedores ambulantes. En esa época (finales de los años setenta e inicios de los ochenta), no trabajaba ningún ambulante alrededor del mercado. Murié Patiño pudo terminar su mandato de presidente sin que hubiera ningún vendedor ambulante en la ciudad, aunque al inicio de su gestión —según sus recuerdos— se podían contar aproximadamente 170 personas en las calles de Papantla.

Después de entrevistar al ingeniero Murié Patiño, junto con el sociólogo Víctor Poo decidimos coleccionar datos concretos sobre el asunto, pero no resultó fácil encontrar informaciones concretas o cifras sobre el mercado de la época. En el Ayuntamiento los contratos con los locatarios los guardan en la Regiduría de Comercio y los censos en la Tesorería, pero nunca tuvimos acceso a estos documentos.

En cambio, los generosos empleados municipales nos confiaron sus recuerdos personales.³⁷ Según Efrén Tiburcio Hernández, en el primer mercado había 78 locales y al inicio empezaron a trabajar 82 locatarios. Estos números siguieron en vigor mientras existía el edificio. Hernández recuerda algunos antecedentes más del mercado, reminiscencias que comparten otros entrevistados. Como el problema del tianguis (desorden, suciedad e imposibilidad de control) en el parque Juárez había preocupado a las autoridades en tiempos anteriores a Murié Patiño, surgieron diferentes ideas para solucionar el problema y limpiar el parque. Por ejemplo, en los años cincuenta, antes de construir la barda de la parroquia, establecieron una galera en el mismo espacio. Allí, cada domingo había de 80 a 90 vendedores que tenían permiso para *abrir un negocio* en puestos improvisados. De esta galera comercial tampoco tenemos suficiente información escrita, con la excepción del libro del cronista Luis Salas García, quien menciona una y afirma que la idea de la galera también venía de épocas anteriores, ya que había existido una que se había montado por los años 1905-1906, durante la presidencia de Jacinto Galindo.³⁸ Sobre la función y el destino de esa galera no he encontrado ninguna información adicional hasta la fe-

³⁷ Agradezco la ayuda recibida del regidor tercero de Comercio, el Lic. Rodolfo Pérez Maya, y de Efrén Tiburcio Hernández, quienes nos recibieron con mucha amabilidad y nos proporcionaron la información solicitada que nos permitió obtener datos y números exactos del mercado.

³⁸ SALAS GARCÍA, 1979, p. 198.

cha. Ni los cronistas, ni los entrevistados hablaron sobre la construcción y la historia de esa galera, hecho que se puede explicar porque parece que ésta fue destruida antes de las épocas que recuerdan los entrevistados.

Por eso es seguro que la galera mencionada, que aparece en los recuerdos de la gente, era un lugar más tardío, uno que, según algunos, existía desde los años cincuenta y conllevaba los mismos problemas que el tianguis. Es decir, estaba repleto de vendedores y casetas, le faltaba también orden, limpieza y seguridad. En ese espacio, como en el tianguis, dicen los entrevistados, “cada quien podía levantar su puesto como quería, y al final ese lugar se convirtió en un laberinto sin control” e igualmente “se puso feo”. Por eso le molestaba a la gente de la ciudad y le parecía “nefasto”.

La galera existió durante décadas hasta que uno de los gobernadores del estado llegó a Papantla y vio el establecimiento, y, según uno de los testigos, dijo: “jamás quiero volver a ver esto aquí”. Las autoridades decidieron entonces quitar esa galera también, por segunda vez en la historia de la ciudad.

En este caso, como en el anterior, podemos ver que el Ayuntamiento tomó la decisión según un plan urbanístico sin pensar en las consecuencias que tendría para la venta ambulante. Porque con la eliminación de la galera pudieron resolver el problema del desorden en un rincón de la ciudad —aunque éste es uno muy céntrico e importante— pero no prestaron atención a los vendedores ambulantes que no cesaron de llegar a la ciudad para vender los productos que tenían, ya que la actividad comercial era una de sus fuentes de ingreso, si bien no la única.

Por eso, para finales de los años setenta era urgente resolver el problema del desorden que traía consigo el comercio callejero. Después de un proceso largo y difícil, la apertura del edificio del mercado Benito Juárez tenía éxito. Por un lado, porque se llenó fácilmente de vendedores, y por el otro, porque los compradores que estaban acostumbrados a frecuentar el centro no tenían que dejar de hacerlo para comenzar a visitar otros lugares en otras partes de la ciudad.

Una vez abierto el mercado Benito Juárez para la década de 1980, el problema de la venta ambulante en la ciudad no desapareció. En realidad, los habitantes de las comunidades no dejaban de acudir a la ciudad para vender lo que les había sobrado después de la cosecha. Y al lado de ellos

aparecían las tineras arriba mencionadas que ejercían cierto tipo de venta que hasta hoy en día es considerada ambulante y cuyo número siguió creciendo en dicha década.

La diferencia entre su trabajo y el de los ambulantes es la frecuencia de la llegada al mercado y la duración de su estancia, o sea, la jornada de trabajo. Van cada día al mercado, faltan sólo en el caso de que tengan algo que hacer en su propia comunidad: faena, una actividad de la escuela, trabajos domésticos, etc. Pasan un periodo muy largo en el callejón, desde la mañana hasta la tarde o muchas veces hasta la noche.

Ellas también pagan diariamente al Ayuntamiento por el uso del espacio, al igual que lo hacen los locatarios y los ambulantes, y aunque ellas no cuentan con un local interior, hoy en día pagan la misma suma que pagan los locatarios del mercado.³⁹

La única diferencia que hay entre las tineras y los/las que vienen de otras comunidades para vender, es que las tineras son gente sin tierra o con una tierra de tan pequeño tamaño que no pueden subsistir de su cosecha. Así, ellas son vendedoras parecidas a los locatarios del mercado: compran la mercancía en su comunidad y la revenden en el mercado.

Tanto las autoridades como los compradores cotidianos carecen de conocimientos sobre el origen de los artículos que venden las tineras. Antes pensaban que ellas también vendían productos que les sobraban después de la cosecha, pero hoy en día muchos piensan que los que venden son productos de otros mercados y sólo insinúan que son de su *rancho*. A pesar de estas creencias debemos afirmar aquí que aunque los alimentos que venden no son de sus propias milpas, proceden de su comunidad. Algunos son productos cuyo origen es su propio pequeño solar, otros son frutos de productores de su propia comunidad. Existen algunos tipos de *platillos* preparados que venden, que pueden ser totopos, atole, pasta de mole, etc., y hay gente que vende objetos hechos a mano, como por ejemplo, servilletas bordadas para tortillas.

A la pregunta: ¿cómo empezaron el trabajo en el callejón?, ellas responden que comenzaron a vender siendo niñas o muy jóvenes con su madre,

³⁹ Se pagan cinco pesos dentro del mercado, mientras que fuera con el paso del tiempo el costo creció de tres pesos hasta la suma actual de cinco pesos.

con una tía o con otra pariente, hecho que implica que dicha pariente ya practicaba este tipo de comercio antes. Hay quienes empezaron el comercio en uno de los mercados de Poza Rica, pero después decidieron pasar a Papantla porque no les gustaron las circunstancias en dicha ciudad.

Hay otras que empezaron a trabajar al lado del mercado Hidalgo, ya en los años noventa o al inicio del segundo milenio, en la otra margen del centro, pero después de una *reorganización* por parte del Ayuntamiento tuvieron que desplazarse al mercado Juárez. Cada quien tiene su propia historia.

A pesar de todo lo mencionado, hasta hoy en día siguen siendo consideradas como ambulantes y no reciben espacio dentro del mercado.

Profundizando la conversación con los empleados del Ayuntamiento, llegamos a la conclusión que ellas al fin y al cabo pueden ser consideradas vendedoras *semifijas*, expresión que no permite que sean consideradas vendedoras fijas y que sean aceptadas dentro del edificio. Las preguntas que surgen en este caso son: ¿por qué no?, ¿el objetivo del mercado original no fue combatir la venta ambulante?, ¿cuál es la ventaja de no dejarlas entrar, y de considerar a aproximadamente cuarenta personas como ambulantes, aunque no lo son? Y si son ambulantes, ¿no es una de las metas de la ciudad poner en orden las calles del centro y *limpiarlas* de la venta ambulante?

EL INCENDIO Y EL SEGUNDO MERCADO

A pesar de que desde 1979 el segundo mercado comenzó a funcionar en Papantla, en los años ochenta continuaba la venta ambulante en la ciudad, ejercida por personas que antes no habían participado en la actividad. El patrón de esa actividad era igual que antes: los vendedores llegaban desde comunidades caminando, o más tarde, en autobuses, y vendían los productos que sobraban después de la producción y el autoconsumo.

A su lado, alrededor del mercado, ya estaban las tineras mencionadas en el apartado anterior. Y después de que se llenara el callejón Reforma, las nuevas tineras tuvieron que ir a vender a la calle Reforma, a un lado del edificio de la Escuela Primaria Donato Márquez Azuara.

Las tineras también ponían su mercancía en el suelo encima de un nylon y se sentaban en rejas de madera pegadas a la pared.

Al otro lado de la calle Reforma estaban las casas grandes del centro que, según Murié Patiño, en la primera mitad del siglo XX eran casas habitación o viviendas. Sin embargo, desde los años sesenta y setenta, en estos edificios, en la planta baja comenzaron a abrirse pequeños negocios que también iban creciendo. Se habían abierto tiendas orientadas hacia el parque y más tarde también hacia la parte de atrás, es decir, hacia el mercado. Tenían un surtido diferente al del mercado, igual que hoy en día, vendían ropas y diversos objetos para el hogar.

Aparentemente todo iba bien, los negocios se desarrollaban, sin embargo, un día, un acontecimiento repentino cambió radicalmente la vida del mercado: un incendio.

Según algunos entrevistados, el evento trágico sucedió entre los años 1995 y 1997, pero según los recuerdos de los locatarios, la fecha fue aquel año cuando también un huracán azotó a la zona en el mes septiembre, o sea, exactamente en el año 1999. Además, el día exacto del incendio, según ellos, fue el 6 de diciembre de dicho año. A pesar de la opinión de los locatarios, las autoridades afirman que el incendio se produjo en el año 2000.⁴⁰

Según los entrevistados, el incendio comenzó con algunas chispas eléctricas causadas por un corto circuito en una de las fondas que se encuentran en la entrada del mercado que da a la parroquia. El fuego se extendió con rapidez por las láminas de cartón y nylon de las fondas y siguió su camino, por un lado, hacia algunos cilindros de gas de las mismas fondas, por otro lado, hacia el local de la hierbería. Como dicen los locatarios, en el local había muchas hierbas secas porque “en esa época la gente consumía muchas hierbas medicinales debido a la falta de consultorios médicos y medicamentos”. Lo interesante de este detalle es que hoy en día también existen hierberías en el mercado —y también hay en otros—, lo que quiere decir que la gente, aparte de la medicina alopática, sigue confiando en el uso tradicional de las plantas.

El efecto del fuego y los sentimientos de cada una de las personas entrevistadas eran diferentes, aunque todos comparten la opinión de que

⁴⁰ Sobre la fecha exacta del incendio aparentemente no hay acuerdo porque según las informaciones del diario *La Opinión* de Poza Rica, el incendio se produjo el 6 de diciembre de 1999. Véase *La Opinión*, 7 de diciembre de 1999.

asustó a todos y todos empezaron a pensar en lo que habían perdido en el incendio. Afortunadamente, en el edificio no permanecía ninguna persona, así que nadie resultó herido. Pero los locatarios sufrieron graves pérdidas porque guardaban su mercancía dentro del edificio.

Testigos de una de las tiendas vecinas afirman que había explosiones porque el ruido de éstas —pues ellos vivían al lado del mercado— los despertó esa noche.

Uno de los locatarios y su familia fueron avisados unas horas después. Inmediatamente tomaron un taxi y llegaron al lugar pero ya no pudieron hacer nada, sólo pudieron ver los restos quemados del edificio y dentro de él lo que tenían almacenado.

Una de las tineras también cuenta que cuando se enteró de lo acaecido, la primera cosa que le vino a la mente era que toda su mercancía que estaba en el mercado⁴¹ se había quemado y que ella había perdido toda su fortuna.

En cambio, uno de los vendedores de camarones del final del callejón Reforma dice que a él no le afectó el incendio porque él guardaba —y ahora también sigue guardando— su mercancía en un local rentado en una calle cercana y no tenía nada dentro del mercado.

Él tampoco vio el incendio y llegó al mercado a la mañana siguiente cuando solamente pudo contemplar a los bomberos que estaban limpiando el recinto y a los policías que no lo dejaron entrar.

El hecho es que los entrevistados recuerdan de igual manera, es decir, que el mercado se quemó con toda la mueblería, las instalaciones y la mercancía guardada. Era una pérdida enorme para todos.

Aunque los locatarios hablan con tranquilidad de lo ocurrido, escuchando su historia noté en sus rostros alguna tensión. Ésta desaparece solamente en el caso de que toquen el tema de otra historia relacionada con el incendio.

Lo que se cuenta es que durante el incendio la imagen de la Virgen de Guadalupe, ubicada en el centro del mercado, fue la única “cosa” que no se quemó. Para los locatarios esto era un milagro y les llenó de esperanza para el futuro.

⁴¹ En aquel tiempo, como hoy en día también, a las tineras les prestaban espacios para poder guardar su mercancía y para no tener que cargar el resto de los productos cada día de su casa al mercado y viceversa.

Como el milagro debe ser aceptado por la Iglesia, llevaron la imagen a la parroquia para mostrársela al sacerdote y albergarla. El cura la aceptó y le cedió un lugar dentro de la parroquia y allí se quedó.

A partir de este punto la historia toma diferentes formas según los recuerdos de los entrevistados. En lo que coinciden todos es que la imagen, después de un tiempo (según algunos, al día siguiente, según otros, al cabo de un año), un día explotó. Según la explicación del sacerdote, la imagen explotó a lo mejor porque durante el incendio, por el calor que éste generó, se acumuló cierto tipo de gas en su interior, de tal manera que un momento dado éste reventó a la imagen.

Esta historia reforzó el milagro de la Virgen que —a mi parecer— hizo crecer la devoción de los creyentes, quienes no dejaron de rendirle culto ni durante el periodo de la construcción, ni después, y hasta hoy siguen organizando fiestas para venerarla. El culto forma parte de su vida cotidiana en el mercado y les da fuerzas para trabajar.

Después del incendio las autoridades de la ciudad, ante la imposibilidad de salvar alguna parte del edificio, derribaron todo lo que quedó y decidieron construir uno nuevo y más moderno.

Los locatarios no querían un edificio nuevo, o sea, deseaban que se construyera otro edificio pero “igualito” al antiguo, porque —dicen— “sabíamos muy bien qué significaría esto” (la construcción de un nuevo mercado): la pérdida de tiempo. Es decir, las obras de construcción de un nuevo edificio durarían mucho tiempo y mientras “quién sabe qué pasará con nosotros”, decían.

Pero las autoridades decidieron construir un nuevo mercado, moderno, más adecuado a la demanda de los tiempos.

Sin embargo, no era tan fácil. Cuando se quemó el mercado, el presidente municipal era Bonifacio Castillo Cruz, pero desde el año 2000 el municipio fue presidido por Diógenes Ramírez Santes, quien tenía la responsabilidad de resolver el problema del mercado.

Según los que presenciaron los acontecimientos desde fuera de la política, las cosas sucedieron más o menos así:

El presidente municipal, Diógenes Ramírez Santes, se puso de acuerdo con el entonces gobernador del estado, Miguel Alemán Velasco, y las dos autoridades compartieron la inversión y pusieron cada una 50% de los

gastos de la construcción. El edificio se construyó con un costo de 20 millones de pesos, que según las palabras de los locatarios, ya era un “precio político”. El gobierno estatal se encargó de la construcción del edificio, que se planeó hacer de ladrillo, mientras el municipio amuebló los espacios internos.

La estructura del edificio también se transformó. La superficie fue ampliada, así el callejón de la Reforma, donde trabajaban las tineras y las tiendas del centro, se redujo a unos dos metros de anchura y, como ya he mencionado, hoy en día es un pasillo muy estrecho y repleto de puestos, vendedores y negocios.

Pero no sólo creció la superficie del mercado, sino también cambió su altura: se convirtió en un edificio mucho más alto que el antiguo, debido al hecho de que en vez de reconstruir un inmueble de una sola planta, se edificó uno de tres plantas creando la posibilidad para que se abrieran mucho más locales.

Según lo arriba mencionado, hasta antes del incendio, el mercado contaba con 78 locales y 82 locatarios. Con la ampliación del edificio estos números —según los datos del Ayuntamiento— aumentaron a 140 locales —divididos en 73 en la primera planta y 47 en la segunda planta—, en los que hoy en día, según la secretaría general y los locatarios, trabajan 115 personas.

La tercera planta está bajo tierra, y es un espacio que, según las tineras, las autoridades prometieron darles a ellas. Sin embargo, este plan no se realizaría. Porque como veremos más adelante, el verdadero plan no era éste. Aunque aquél tampoco se llevaría a cabo. En la planta baja abrieron un estacionamiento público donde hay que pagar para poder dejar el auto. El estacionamiento también era una obra muy importante porque, debido al número creciente de vehículos, se necesitaba más lugar en el centro para estacionarlos. Así, las tineras se quedaron en la calle.

Durante la construcción del mercado, todos los vendedores tenían que trabajar en la calle. Las tineras trabajaban en la banqueta que está delante de la panadería Lemus —que antes funcionaba como joyería—, como algunos de los locatarios del mercado.

Era ya 2004 cuando se inauguró el mercado y los locatarios pudieron entrar y ocupar sus locales. Las tineras —según dicen ellas— también

querían entrar, pero los locatarios, como la autoridad, no las dejaron diciéndoles: “Ustedes no vienen cada día, y cuando están, sólo están un rato y ya se van”.

El plan, según los locatarios, era darles espacio en la planta de arriba, y esto fue lo que no se cumplió a causa de lo ya mencionado, según algunas opiniones, aunque según otras, sin una razón muy clara.

Y, como he mencionado arriba, la visión sobre el trabajo de las tineras no ha cambiado con el paso de los años. Ellas siguen siendo consideradas como vendedoras ambulantes. Mucha gente continúa pensando lo mismo, aunque entre los locatarios ha surgido un grupo que tiene una relación más estrecha con las tineras y comprende su verdadera realidad.

La construcción del segundo mercado —como en el caso del primero—, a pesar de las apariencias, no fue nada fácil. Entrevistando al maestro Diógenes Ramírez Santes, presidente municipal de la época, me enteré de las verdaderas circunstancias económicas y políticas de la construcción.

El problema que surgió en un primer momento después del incendio era la cuestión de los fondos económicos. Como la ciudad no disponía de suficiente presupuesto para una empresa tan grande, necesitaba el apoyo financiero del gobierno del estado. Así el presidente municipal recurrió al gobernador, y fue entonces cuando intervino el gobierno estatal.

Pero al comenzar el proceso, en el 2001, el presidente municipal se había puesto en contacto e inició negociaciones con el comité de los locatarios, quienes ya estaban impacientes y querían tener un edificio fijo para continuar su negocio en circunstancias “normales”. Por eso las autoridades decidieron construir el mercado.

Aunque el Ayuntamiento tenía claro lo que debía hacer, surgieron otros obstáculos antes del inicio de la construcción. Uno de ellos fue que se creó una asociación ciudadana organizada por intelectuales papantecos llamada Consejo de los Ciudadanos de Papantla, cuya meta era poner trabas a la construcción del mercado. El plan de la asociación era construir un parque como el que había existido en el lugar que ocupaba el edificio destruido por el incendio.

En el grupo participaban arquitectos que diseñaron los planos para el proyecto del nuevo parque. Ellos se imaginaron un parque de dos plantas con un nivel subterráneo que albergara un mercado dedicado exclusiva-

mente a la venta de artesanía local. También propusieron construir galerías de arte en el recinto donde pudieran exponer sus obras los artistas de la ciudad. Además, soñaron con realizar un teatro al aire libre que funcionara en la plazoleta que se sitúa delante del actual edificio del mercado.

Toda la idea surgió —según el arquitecto Andrés Curti, habitante de la ciudad— de la reglamentación existente sobre la ubicación que deben tener los mercados de una ciudad. Desde la época de la Colonia, y concretamente desde el reinado de Felipe II, la estructura del centro de las ciudades estaba regulada. El rey Felipe II, en sus Ordenanzas de 1576, determinó la estructura que debía tener el centro de una ciudad, es decir, fijó el lugar donde había que construir la plaza principal, y dónde debían estar ubicados el ayuntamiento, la iglesia, las galeras, etc.

Después de la Independencia, las leyes y reglamentos seguían esta planeación y hoy en día siguen fijando la distancia mínima entre dos mercados del mismo tipo. En este sentido, en Papantla el problema —según él— es que los dos mercados, el Miguel Hidalgo y el Benito Juárez, están muy cerca uno del otro en los dos extremos del mismo centro (un parque con una calle alrededor), así, según los reglamentos urbanísticos no podrían estar situados en su actual lugar.

Por ello, este grupo de ciudadanos quiso realizar los antiguos planes del presidente Murié Patiño, y poner el mercado de víveres fuera del centro, al lado de la Escuela Primaria María Gutiérrez donde —según su opinión— había bastante espacio para la construcción.

Para divulgar sus ideas y conocer la opinión de los ciudadanos sobre la reconstrucción del mercado, la asociación confeccionó y aplicó una encuesta entre éstos. Según los líderes del grupo, recolectaron 5 000 firmas de ciudadanos que estaban en contra de la reconstrucción del mercado. El grupo, con estas firmas en la mano, recurrió al presidente municipal e inició negociaciones con él. En estas negociaciones el grupo de ciudadanos no tuvo éxito porque las autoridades y el presidente municipal tenían otra opinión: “Quisimos construir algo nuevo, moderno, que se ajustara a las necesidades modernas, hicimos un estudio sobre la imagen urbana y el ordenamiento de la estructura del mercado”, dice el maestro Ramírez Santes, y agrega: “Era muy importante crear un espacio, por ejemplo, para un estacionamiento público porque el centro ya estaba saturado de

carros que causaban muchos problemas al no poder estacionarse en los escasos lugares que había. Así, ya con un gran estacionamiento, el edificio cumple los requisitos del siglo XXI”.

Decidida la construcción del nuevo edificio los problemas para obtener los fondos financieros continuaron. Aunque el gobierno de Miguel Alemán prometió su apoyo, no cumplió su promesa y el dinero no llegó a la ciudad. A pesar de ello y del descontento ciudadano, el Ayuntamiento puso en marcha las obras de construcción y, según dice el maestro: “empezamos contra el gobierno” y “se pusieron los 10 millones de pesos de la ciudad” en ella.

De acuerdo a un grupo de ciudadanos, el gobierno no retrasó el financiamiento por su propio interés, sino por las negociaciones que había llevado a cabo con el Consejo de Ciudadanos de Papantla. Según la opinión de uno de sus líderes, al gobernador le gustó la idea del parque y del mercado artesanal subterráneo y al principio no apoyó la reconstrucción del mercado Benito Juárez. Sin embargo, por razones desconocidas por la entrevistada, al final el gobernador Alemán optó por apoyar al municipio y, con dos años de retraso, contribuyó con el dinero necesario para realizar la construcción.

En estas circunstancias pudieron iniciarse las obras en el 2002 con el dinero del municipio, pero después de un periodo las autoridades papantecas se vieron obligadas a pararla por falta de la ayuda estatal ya mencionada. Sin embargo, como el gobierno cambió de opinión poco después, el paro no duró mucho y se pudo continuar y terminar el nuevo edificio.

Había dos etapas en el trabajo, la primera le tocó a Papantla, “la segunda les tocó a ellos” [gobierno del estado], dice el maestro Ramírez Santes. Y aunque “siempre había trabas”, agrega, el mercado se construyó y lo inauguraron en diciembre del 2004, justamente en el mismo mes de la destrucción del primer mercado y en el mismo sitio que éste había ocupado.

Los locatarios relatan esta historia de otra forma. Uno de ellos cuenta que el comité de locatarios que visitó al maestro Ramírez Santes, estaba formado por diez representantes que hablaron con el presidente municipal para solicitarle la construcción del mercado. Y, según cuenta uno de ellos, el maestro les dijo: “Qué bien que hayan venido. Porque si no hubieran venido los diez, y no me lo hubieran pedido, yo habría construido

un parque, no el mercado”. La idea vino del hecho de que “antes aquí había un parque”, explica finalmente el mismo locatario.

Al lado de los locatarios, también las tineras apreciaron la idea de que se construyera el nuevo edificio. Todas ellas, más los vendedores callejeros con puesto, estaban seguros que les iban a dejar entrar en la nueva estructura.

Sin embargo, como hemos visto antes, a los vendedores callejeros no los dejaron entrar en el edificio, sino se quedaron en su espacio anteriormente designado, en el callejón de la Reforma y en la calle de la Reforma. Así, en este sentido, el nuevo edificio no trajo ningún cambio, ni puso fin a la venta callejera, al contrario, indirectamente la fomentó.

Las tineras y los otros vendedores, sin embargo, no se quejan. Consideran todo lo pasado como algo que ya no tiene solución. Así, la pregunta: ¿si te dejaran entrar, entrarías?, todos los entrevistados contestan: “sí, entraría”. La respuesta para el por qué es: “porque está cerrado, no hace fuerte el sol, y allá no llueve y no tienes que trabajar mojado”.

El problema del agua del callejón de la Reforma es una cuestión cotidiana. Y aunque hoy en día el callejón tiene drenaje, el agua sigue sin bajar después de la lluvia. Se queda estancada en el pasillo formando grandes charcos que obliga a los vendedores a pasar todo el día con el agua sucia hasta los tobillos.

Sin embargo, ellos tampoco se quejan por eso. Si hace sol, ponen una lona de nylon encima para protegerse, y cuando el agua de la lluvia no baja, la barren para que se escurra más rápido hacia el drenaje. Si se les pregunta: ¿cómo aguantan las circunstancias? Dicen que no les gusta para nada, y que preferirían trabajar dentro del edificio. Y también comentan (pero sólo para responder a preguntas) que antes el callejón era más ancho y, por ende, más cómodo.

Pero se declaran contentos. ¿Por qué? Porque el mercado está en el centro, porque pasa mucha gente por el callejón, así “hay venta” y ellos pueden sostenerse y sostener a su familia.

Sin embargo, no todos están satisfechos de la nueva construcción. El mismo maestro Ramírez Santes me dijo que el edificio no era “perfecto” y que “le faltaban cosas”. Hay mucha gente que comparte su opinión, así como hay quienes dicen que el nuevo mercado “no cumple con su

misión”. Ni siquiera la planta subterránea está completamente bajo tierra, así, el estacionamiento público no solucionó el problema del intenso tráfico vehicular, al contrario, provocó otro ya que los camiones se siguen parando en la calle de antes —la angosta 16 de Septiembre— para descargar las mercancías, causando así aglomeraciones de tránsito cada mañana. Estos congestionamientos, en efecto, son regulares en la calle 16 de Septiembre por la falta de espacio para estacionar los camiones, las camionetas y los taxis que realizan el transporte de mercancías.

Hay que añadir que entre los vendedores también hay algunos que no quieren trabajar dentro del edificio. Por ejemplo, uno de los comerciantes de camarones dice que no le gustaría entrar: “La verdad es que me gusta acá más. Aquí hay más espacio, hay más aire. Allá dentro está muy cerrado y allí arriba hace mucho calor, no se mueve el aire. No es muy bueno”. Y agrega: “Aquí me gusta más. Aquí es más tranquilo. Aquí no viene la lluvia, no molesta, y si llueve, aquí baja el agua. Aquí ya no es como allí [donde trabajan las tineras], aquí baja el agua. Aquí no hay problema”.

Y es verdad. Él trabaja al final del callejón, casi en la esquina, donde el callejón se abre como la desembocadura de un río. Aunque allí no hay drenaje, el agua no se queda estancada, sino baja por la calle Leandro Valle. Además, tiene suficiente espacio para montar una gran sombrilla, y a él no le molestan ni el sol, ni la lluvia.

Al preguntar a las tineras y tineros: ¿por qué no recibieron espacio dentro del edificio?, varios entrevistados dijeron que los locales se cedieron a los antiguos locatarios y a los parientes de los mismos locatarios, quienes acapararon así cada vez más espacio dentro del mercado.

Además, hay quienes sostienen la idea de que algunos vendedores con puestos de verdad son locatarios, pero sabiendo que la venta es mejor en el callejón, montaron allí un puesto, mientras mantienen también el local dentro del mercado o bien lo mantienen cerrado.

Podemos ver entonces que hay varias opiniones para explicar por qué no entraron más vendedores al nuevo edificio pese a ser éste más grande, y por qué no dejaron pasar a los vendedores *semifijos* aunque en principio la ampliación del edificio se realizó para poder combatir este tipo de venta callejera.

Al mismo tiempo debemos tener en cuenta que durante los últimos cinco a diez años llegaron nuevas olas de verdaderos vendedores ambulantes

al mercado. Son ellos o ellas quienes en nuestros días ocupan las banquetas de la calle Leandro Valle y quienes, de acuerdo a nuestros entrevistados, realizan un tipo de intercambio mercantil cuyas características se asocian a la venta ambulante: se trata de campesinos o campesinas que no van a la ciudad cada día, que aparentemente venden productos sobrantes después de la cosecha y que después de vender sus productos regresan a casa.

Según mi parecer, estos dos tipos de trabajos —la venta ambulante diaria y la venta temporal y no diaria en la calle Leandro Valle— tienen diferentes características, por eso, considero, valdría la pena tratarlos también de diferente manera. Sería importante, en fin, hacer esta diferenciación para entender cabalmente estos procesos económico-sociales y trazar la imagen real del mercado Benito Juárez de Papantla.

COMENTARIOS FINALES

En el presente artículo me dediqué a describir las dinámicas sociales y económicas de la venta ambulante en la ciudad de Papantla Olarte y las reacciones de las autoridades frente al fenómeno. Como hemos visto, estas reacciones siempre eran diferentes según las exigencias de la época, aunque siempre eran medidas tomadas contra el comercio callejero considerándolo un problema urbanístico. Por eso los ayuntamientos siempre veían la solución en la creación de recintos, fuera tianguis, galera o mercado edificado, para marcar los límites y para poder controlar dicha actividad.

La idea de construir un edificio para un mercado surgió del hecho de que la práctica del ambulante iba cambiando a lo largo del tiempo. Lo que era venta de lo sobrante después de la cosecha se convirtió en reventa de productos comprados, y lo que antes era tianguis semanal llegó a ser un mercado diario con trabajo de “tiempo completo” por parte de los vendedores. Y esta transformación del espacio continúa hoy en día. Porque mientras en las calles mencionadas alrededor del mercado las tineras trabajan cada día, se puede ver ahora a nuevas vendedoras en otras calles que aparecen solamente algunos días de la semana.

Por ejemplo, durante mis estancias (en el 2005 y en el 2008), pude observar a vendedoras ambulantes en diferentes calles de la ciudad, mien-

tras que para mi tercer estancia de campo (2016) el número de ellas había crecido. Las nuevas vendedoras llenaron las banquetas de la calle Leandro Valle y hoy ejercen allí su venta. En los últimos años, además, se llenó también la calle Aquiles Serdán que limita con el mercado Miguel Hidalgo, aunque anteriormente había sido *limpiada* de venta ambulante y los vendedores fueron movidos al callejón de la Reforma. Así, hoy en día, la calle Aquiles Serdán también da espacio a una venta *semifija*, parecida a la que se ejerce en el callejón de la Reforma. Además, caminando por otras calles del centro podemos encontrarnos a nuevas tineras que venden artículos en las banquetas.

Mientras la venta ambulante (es decir, callejera) continúa de varias maneras en el centro, el Ayuntamiento actual no tiene planes para cambiar la situación, lo que, desde el punto de vista de los vendedores, probablemente sea la mejor solución. La venta ambulante es una actividad cuyos orígenes se remontan a los tiempos anteriores a la Conquista y que se mantiene hasta la actualidad como un trabajo complementario al cultivo de la tierra, o sea, una actividad necesaria para aquéllos que no pueden sostenerse exclusivamente trabajando la tierra.

Al lado de ellos están aquellos *campesinos* que no pueden vivir de la tierra: el comercio no es un trabajo complementario, sino es una labor propiamente dicha, una empresa que sirve para mantenerse y subsistir. Ellos son los que cada día pueden ir a la ciudad y pasar todo el día allí, porque su actividad principal es la venta. Para ellos la posibilidad de vender sus productos en la calle (o dentro de un edificio) es una necesidad básica.⁴²

¿Se ha resuelto el problema de la venta ambulante en la ciudad en nuestros días? La respuesta es sencilla: no. Para resolver este problema —según mi opinión— habrá que tener en cuenta varios factores. Lo primero es que sería mejor no tomar esta situación como un problema a resolver sino que quizá valdría la pena manejarla como un fenómeno económico que forma parte de la cultura de los pueblos vecinos de la ciudad. Así, mientras se siga practicando este tipo de comercio en Papantla, la

⁴² Al mismo tiempo ejercen venta ambulante aquellas personas que ya son de la ciudad pero que siendo desempleados consideran a esa actividad como una posibilidad de ganar un poco de dinero caminando por las calles y ofreciendo los productos que tengan a la mano.

ciudad podría aprovecharlo como una imagen tradicional de los pueblos que le proporciona un matiz cultural al entorno urbano. Esta imagen, el ambiente tradicional y comercial, podría ser concebida de esa manera como algo positivo y hasta podría ser utilizada para fortalecer el nombramiento de Pueblo Mágico que posee actualmente Papantla.

Lo segundo para tomar en cuenta es que los productos vendidos por cualquier tipo de tineras —ambulantes o semifijos— son frutos de los cultivos de las comunidades cercanas, así, al fin y al cabo son el sobrante que tienen los productores después de la cosecha, aunque ellos mismos no la vendan directamente al público. A través de este proceso, pues, las tineras y tineros ponen los productos de la agricultura totonaca en el circuito económico de la ciudad de Papantla.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCANTARA BERUMEN, Armando, Carlos GARMA NAVARRO, Elio MASFERRER KAN
 1995 “Los totonacas”, en *Oriental. Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México*, Instituto Nacional Indigenista/Secretaría de Desarrollo Social, México, pp. 321-371.
- AYÚS REYES, Ramfis
 2005 *El habla en situación: conversaciones y pasiones. La vida social en un mercado*, El Colegio de la Frontera Sur/Universidad Juárez Autónoma de Tabasco/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- BROEKHOVEN, Laura N. K. VAN
 2004 *Mercados de la Mixteca. Si no hay carro, no hay negocio*, Sidestone Press, Leiden.
- CARREIRA DUEÑAS, Armando Javier, Ariosto Uriel HERNÁNDEZ (eds.)
 2015a *Papantla. Memoria fotográfica del siglo XX (Primera Parte)*, ed. privada, Papantla.
 2015b *Papantla. Memoria fotográfica del siglo XX (Segunda Parte)*, ed. privada, Papantla.
- CHAPA, Martha (coord.)
 2007 *Mercados de México*, Gobierno del Estado de Nuevo León/Universidad Autónoma de México, México.
- CHENAUT, Victoria
 1995 *Aquellos que vuelan. Totonacos en el siglo XIX*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.

- COOK, Scott y Martin DISKIN (eds.)
 1975 *Markets in Oaxaca*, The University of Texas Press, Austin.
- DF Festivo
 2015 *DF Festivo. Mercados de la Ciudad de México*, Comité de Asuntos Editoriales del PRI-DF, México.
- DRUCKER-BROWN, Susan (ed.)
 1982 *Malinowski in Mexico: Economics of a Mexican Market System. Bronislaw Malinowski y Julio de la Fuente*, Routledge and Kegan Paul, London.
- DURSTON, John W.
 1976 *Organización social de los mercados en el centro de Michoacán*, Instituto Nacional Indigenista, México.
- FERRAL, María Elena
 2009 “Atienden deficiencias en el mercado municipal de Papantla”, *Papantla en la Noticia*, 19 de noviembre. URL: <http://www.papantlaenlanoticia.com/2009/11/atienden-deficiencias-en-mercado.html>, descargado el 17 de enero de 2017.
- GROSSO, Juan Carlos, Jorge SILVA RIQUER
 1994 *Mercados e historia*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- HERNÁNDEZ, Ariosto Uriel
 2015 “Reseña histórica del mercado Miguel Hidalgo”, *Voz del tiempo*, revista bimestral, Papantla, Veracruz, México, marzo-abril, núm. 02.
- KELLY, Isabel y Angel PALERM
 1952 *The Tain Totonac, Part 1: History, Subsistence, Shelter and Technology*, Publication 13, Smithsonian Institution, Washington.
- KOURÍ, Emilio
 2004 *A Pueblo Divided. Business, Property, and Community in Papantla, Mexico*, Stanford Junior University Press, Stanford.
- MELGAREJO VIVANCO, José Luis
 1985 *Los totonacas y su cultura*, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- OLVERA RAMOS, Jorge
 2007 *Los mercados de la plaza Mayor en la Ciudad de México*, Cal y Arena, México.
- PENDLEY, Joy Leigh
 2007 *Betting on vainilla. Rural Producers and Development in Papantla, Veracruz, Mexico*, PhD Dissertation, University of Oklahoma. URL: <https://shareok.org/bitstream/handle/11244/1286/3291245.PDF?sequence=1&isAllowed=y>, descargado: 05/12/2016.

RAMREZ MELGAREJO, Ramón

2002 *La política del Estado mexicano en los procesos agrícolas y agrarios de los totonacos*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa.

RUIZ LOMBARDO, Andrés

1991 *Cafeticultura y economía en una comunidad totonaca*, Instituto Nacional Indigenista, México.

SALAS GARCÍA, Luis

1979 *Juu Papantlan*, Industria Gráfica Editorial Mexicana, México.

1986 *Cachiquin*, Editora Graphos, Xalapa.

VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, Emilia

1995 *Cuando los arrieros pierden sus caminos*, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.

1996 “Mercados y tianguis en el Totonacapan veracruzano”, en Victoria Chenaut (coord.), *Procesos rurales e historia regional*, Casa Chata, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.